

EL IMAGINARIO SOCIAL DEL COLECTIVO PROFESIONAL*

- Independientemente de cuál sea la interpretación que se le dé a los orígenes del Trabajo Social, esta disciplina tiene una identidad propia, caracterizada social e históricamente por significantes, mitos y ritos que organizan su mundo simbólico.

Muchas han sido las interpretaciones de los orígenes del Trabajador Social, y no es nuestro objetivo definir cuál es la más precisa y, ni siquiera, cuál de ellas compartimos.

La intención básica de este estudio es demostrar que el

Trabajador Social tuvo, tiene y tendrá identidad, la cual se ha caracterizado social e históricamente por significantes, mitos(1) y ritos(2) que organizaron y organizan nuestro mundo simbólico.

La creación y recreación del identitario colectivo del Trabajador Social, está dada no sólo por estos elementos que nos hacen equivalentes, sino también por una categoría oposicional.

La equivalencia que nos da cohesión y unidad se puede entender, analizar e interpretar, por una serie de atributos que la caracterizan, como se observa a través del mito: «ayudar a los pobres», «resolver problemas de clientes desajustados o los pobres», «personas de buena voluntad que asisten a carenciados, o con necesidades insatisfechas»,

CRISTINA ROVIRA TERESA DORNELL

Asistentes Sociales, profesoras
de la Escuela de Servicio Social,
Facultad de Ciencias Sociales,
Montevideo - Uruguay.

«personas que orientan, dan consuelo, aconsejan a pobres materiales y espirituales», «persona que evita las causas del notorio desequilibrio moral, físico, económico y social de las familias humildes», «persona que es capaz de evitar disturbios y des-

contentos, armonizar puntos de vista muy distantes, como también puede cooperar al mayor cumplimiento del deber», «persona que es capaz de provocar procesos para ayudar al individuo a enfrentar con eficacia sus problemas, mediante acciones psicosociales que operen cambios normativos en la conducta de equilibrio individual», «agente potencializador de los cambios en la lucha contra los privilegios».

Este ícono traduce una base filosófica sobre los Derechos Humanos, que se centra en valores básicos de dignidad y humanismo, reunidos en sentimientos de comprensión y humildad.

(1) Del griego Mythos, que se asocia a fábula. Es el relato que, bajo forma alegórica, traduce la generalidad histórica, sociocultural, física o filosófica de los hombres.

(2) Como el conjunto de reglas establecidas para el culto, en el sentido de formas, de costumbres y ceremonias.

* Esta ponencia, en su origen mucho más extensa, ha sido reducida para su publicación en esta Revista.

Este aporte iconográfico(3) delimita un imago(4) histórico social de oscilación pendular, cuyos ritos se visualizan en actitudes comportamentales de fatalismo-inmovilista o mesianismo-militantista. Ambas actitudes, que en apariencia parecen extremas, en los hechos de la vida cotidiana demuestran que estaban y están muy mezcladas y que su raíz común es el conservadurismo; es como si fueran las dos caras de una misma moneda.

En suma, el Trabajador Social se ha caracterizado por haber tenido generalmente una identidad, cuya base ha sido el conservadurismo; el no reconocerla y cuestionarla no significa que no la tengamos.

La visión fatalista es aquella que recoge los aspectos de una identidad negativa: «en Trabajo Social nada se puede», «la estructura no permite hacer nada», «en las instituciones no se puede trabajar», «el caso no sirve». Desde aquí surge un colectivo que no logra una autoafirmación, y que en el desprecio y la descalificación de sus propios valores confluyen conductas paralizantes.

Todo esto no le permite autorregulación, consistencia y legitimación social, integrándose a patrones de significación defensivos en su relación con los otros, donde el colectivo profesional cree que sus aportes son la síntesis de producciones brindadas por los otros, en una identidad pasiva que nos lleva a dimensionar o redimensionar lo que los otros hacen y piensan de mí, con una permanencia relativa de ciertos rasgos que no nos permiten, desde la lectura de nuestra memoria colectiva, lograr proyectarnos en el futuro.

En tanto, la visión mesiánica surgirá en oposición a la anterior como una identidad positiva: «el Tra-

bajo Social todo lo puede», «éste es el camino del cambio», «es la posibilidad para la revolución», «qué sería de los pobres sin el Trabajo Social».

En los años 40, la militancia apuntaba a lavar el pecado original, la salvación del hombre, su adaptación, su tratamiento, mientras que en los años 60 el pecado original fue substituido por la lucha de clases, cambiando así la forma del mesianismo, pero no su persistencia, donde se rescatan claros cambios de los conceptos significantes que integran el lenguaje.

En este proceso identitario coexistieron imago, mitos y ritos diferentes, que contienen éxitos y fracasos en espacios de crisis y conflictos como elementos existentes, pero no determinantes de un proceso de cambio y, por ende, de enriquecimiento de ese colectivo. Ambas conformaron una identidad acumulativa y a su vez excluyente, en tanto características que nos permitieron y permiten en el tiempo reconocernos y ser reconocidos.

Estas alteridades crearon fuerza y presencia a partir de una etapa de renova-

ción del Trabajo Social, cuya fortaleza se conceptualiza en la postura netamente contestataria del movimiento de reconceptualización, dado que en tiempos anteriores las fuerzas internas eran consideradas muy débiles.

No obstante ello, esta alteridad fue provocada también por factores de carácter exógeno, marcados por una revolución cultural o de las costumbres, en una mutación de valores, en relación a la posición de los hombres en la estructura productiva (nivel económico-infraestructura).

Al interior de este proceso, la mujer cambia su posición productiva (en cuanto a rol y función) con desarrollos, incidencia e implicancias distintas, que gravitan y explotan en el Trabajo Social.

En una profesión donde predominaba la marcada

«El Trabajador Social se ha caracterizado por haber tenido generalmente una identidad, cuya base ha sido el conservadurismo; el no reconocerla y cuestionarla no significa que no la tengamos».

(3) Como descripción o estudio de las imágenes.

(4) Imagen que determina el modo de aprehensión del otro, como miramiento o reparo.

presencia femenina, y con una extracción social de porte burgués, empieza a generarse un cambio en el público que integra ese colectivo, con un perfil socioeconómico de asalariado, ya no para vincularse misioneramente, sino para encontrar una posición en la división social del trabajo técnico y una ubicación en el mercado laboral, desarrollándose, por ende, el trabajo intelectual asalariado, en un espacio societal estructural y coyuntural.

En este hacer sociohistórico, existieron líneas de fuerza que indicaron lo posible, lo probable y lo factible, a partir de coordenadas que respondieron a reglas, acuerdos y expectativas (deseos y necesidades). A partir de él se construyeron un conjunto de representaciones un tanto imaginarias de nuestro colectivo, en una clara distribución de roles que fueron y son la expresión de diferentes necesidades e intereses, a través de los cuales se estableció una estructura lingüística que se dio por espacios comunicacionales de signos, que tradujeron el orden normativo de la profesión (normas y valores). Desde esta red simbólica de significaciones, el mito generó discursos, en tanto relatos que explicaban y articulaban los diferentes sistemas proyectivos del mundo, en un conjunto de representaciones, de acuerdo a categorías y prácticas. Los rituales, como expresión de estos mitos, configuraron un instrumento de regulación social y, por ende, de jerarquías y poderes que le dieron al grupo testimonios, legitimación y mantenimiento social en tanto identidad profesional.

Así entendida, nuestra identidad es la expresión ritual de integración y desintegración, de caos y de equilibrio, cuyas prácticas si bien nos homogenizan, también nos diferencian; se han confundido en el colectivo con experiencias religiosas e ideológicas, en una red de símbolos cuyo vínculo con los sujetos no es forzado ni neutro y, por lo tanto, no es libre desde lo histórico y natural. El Trabajo

Social ha reprimido y canalizado energías tendientes a una búsqueda que pretende ofrecer una explicación de su identidad, la cual, a su vez, contiene el valor contradictorio de negar y no reconocer que todos estos elementos conforman una identidad. La negación de esta identidad ha llevado al Trabajo Social a la indagación y búsqueda de una definición de su especificidad⁽⁵⁾ como una respuesta fantasma de la identidad. Desde nuestra óptica, nada más inespecífico que la realidad social en la que actúa el Trabajo Social, por ser dinámica, interactuante entre el hombre y el mundo, cuyos procesos de cambio son vertiginosos y constantes, y en donde el Trabajo Social desde lo diferente debe aportar y contribuir en la explicitación de distintos modelos de hacer.

Esto nos remite a una vieja discusión del Trabajo Social. En los años 40, la fuerza del catolicismo que impregnaba la profesión hablaba de la integralidad del hombre, en un Trabajo Social que totalizaba los enfoques de las Ciencias Sociales, en tanto profesionales de la integralidad, que estudiamos e intervenimos integralmente. Y ello es el último refugio de la especificidad.

Cuando surgimos, se puede decir que existía un bloque de actividades reconocidas, en donde la ubicación del Trabajo Social

cubría las necesidades impuestas. Ahora esto no ocurre y tendremos espacios de intervención, en la medida en que elaboremos propuestas para intervenir.

Esta problemática está vinculada a una problemática teórica en dos sentidos: la apropiación del stock de conocimientos, y nuestra elaboración a

«Nuestra identidad es la expresión ritual de integración y desintegración, de caos y de equilibrio, cuyas prácticas si bien nos homogenizan, también nos diferencian».

(5) Proviene del adjetivo específico, en cuanto conjunto de elementos que caracteriza y distingue una especie de otra. Es fijar, determinar de modo preciso, o sea aplicar y declarar con individualidad una cosa.

partir de ellos y nuestra intervención. Vale decir, son necesarios dos movimientos: el apoderarnos de la masa crítica, y utilizar eso para investigar el objeto desde el punto de vista de nuestra intervención. El debate contemporáneo pone una problemática nueva en la identidad del Trabajo Social, pues se trata de investigar los objetos de nuestra práctica. Con esto, estamos rechazando un imaginario puramente ejecutor u operador, revirtiendo nuestra génesis como sustrato de ese debate, a partir de una interlocución con las Ciencias Sociales.

Al intentar una apropiación crítica de las Ciencias Sociales, no sólo desaparece nuestra vieja especificidad, sino también la de los otros.

El trabajar con las Ciencias Sociales significa incorporarlas en el análisis para su intervención, produciendo con ello conocimiento en tanto saber. Si lo contextualizamos en los años 60, este saber se relacionaba con la necesidad de una teoría del Servicio Social. Sin embargo, no es así, ya que se debe hablar de un saber acumulativo de las Ciencias Sociales en su conjunto.

Esto, llevado a que nuestro diálogo con las Ciencias Sociales refuerza una identidad acrítica y pasiva, donde asumíamos un rol de receptor del proceso de producción del conocimiento producido por ellos, en una utilización que no cuestionaba, verificaba o testaba los conceptos fundantes, y sólo ejecutaba lo que caía del festín de las Ciencias Sociales.

Las Ciencias Sociales, que daban legitimación científica al Trabajo Social, empiezan a sufrir sus propias crisis paradigmáticas e identitarias, con lo cual se vulnerabiliza nuevamente el ícono del Trabajo Social. Pero esta crisis no es algo particular, peculiar y aislado de las Ciencias Sociales, sino que el mundo de hoy también se encuentra atravesando un profundo proce-

so de crisis.

A esto debe sumársele como factor externo, la pérdida en la primacía del Trabajo Social de la calidad históricamente monopólica de intervenir, lo cual no debe ser interpretado como una pérdida o muerte de los componentes identitarios del Trabajo Social, que generalmente agotan la discusión en el corporativismo de los otros.

Si estamos dispuestos a generar conocimientos (procesos investigativos que modifiquen nuestra identidad), también tenemos que aceptar que otros empiecen a intervenir, en un proceso de reconversión que nos permita revertir esa actitud intolerante en los aspectos endógenos y exógenos, dentro de espacios profesionales congestionados y en disputas, que requieren de la preparación de nuevas respuestas.

Este desafío no pretende cambiar la identidad del

Trabajo Social en tanto imaginario social, sino rescatar desde nuestra historia aquello que nos caracteriza, y que es la intervención (el hacer), pero no reduciéndose a ella, sino redimensionándola a partir del análisis teórico.

Desde allí, los aspectos ponderables del status, prestigio y poder, también podrán ser modificados en la identificación profesional.

Nuestra comunidad científica, más allá de las diferentes interpretaciones que se hagan de su génesis, en tanto colectivo profesional, tuvo y tiene una identidad que no es posible

negar, y que en la diversidad de sus expresiones explícitas e implícitas, más que destruirse, se crea y se recrea en un proceso de enriquecimiento. Si se parte del postulado del movimiento como condicionante esencial de la relación mundo-hombre, donde el hombre se encuentra en un continuo debate con la realidad, nos lleva a aceptar que des-

«Este desafío no pretende cambiar la identidad del Trabajo Social en tanto imaginario social, sino rescatar desde nuestra historia aquello que nos caracteriza, y que es la intervención (el hacer), pero no reduciéndose a ella, sino redimensionándola a partir del análisis teórico».

de nuestro pasado hay raíces que nos modelan y nos configuran, con desafíos y movilizaciones que nos han permitido dar un perfil propio desde una perspectiva histórico-social.

Lo anterior significa, además, que ninguna identi-

dad comprende o integra un proceso acabado, sino que expresa una constante o permanente calificación y recalificación teórica con una aspiración que no debe ser individual, sino a través de un proyecto colectivo entre nosotros y con los otros.